

**JUAN-PEDRO VERA CAMACHO**

# **TRES CAMINANTES DE VILLAFRANCA**

**PUBLICADO EN LA REVISTA**

**TIERRAS DE LEÓN**

**NÚMERO 24**

**LEÓN 1976**

## TRES CAMINANTES DE VILAFRANCA

*A Gil y Carrasco, Carnicer y Pereira, que con sus obras me inspiraron este trabajo.*

Dijo Machado -aunque la frase ya sea tónica- "que se hace camino al andar". El Bierzo es rosa de los vientos camineros de varias naciones y aún continentes, a pesar de su descentralización geográfica, porque por sus caminos y veredas anduvieron con mayor o menor fortuna hombres de alcurnia y de la gleba al "alimón" vocacional de inquietudes y ambiciones.



El Bierzo comenzó a ser camino cuando los fenicios -según investigaciones recientes de un maragato ilustre, el doctor Carro- penetraron por las islas Cíes -¿Las Casitérides famosas?- y, atravesando el valle del Sil, -Miño lleva la fama y Sil el agua-, arribaron a la estación púnico-romana de Soldán, en Santa Colomba de Somoza. De esto hace ya muchos siglos...

Mucho después anduvo haciendo camino opuesto desde el Este, Plinio el Joven, por estas tierras de las Médulas, ordenando con su sabiduría el laborar de 60.000 esclavos que potenciaron con su trabajo la más importante empresa de minería de todo el mundo antiguo, y aún del moderno, si calibramos la efeméride con guarismos comparativos a la técnica de hoy. Carisio y Firmio con sus legiones habían "explanado" el terreno antes, en lucha feroz contra los cántabros. En El Bierzo se juntaron pues, las rutas de dos continentes: los que llegaban de Asia y los que de Italia arribaban.

Pero El Bierzo era un atractivo, un enclave en medio del conglomerado militar, comercial y religioso de siglos y siglos. Y así sucedió que Alfonso IX de León abrió otro camino desde El Bierzo hacia el sur esta vez, llevando a los bercianos a las Hurdes cacereñas y a los cabreireses y a los de Babia, a la Siberia extremeña, en Badajoz, en aras de repoblación cuando los frentes de la reconquista descansaban. De esa idea sociológica y práctica, quedan en Extremadura todavía, millares de personas con apellidos Cabrera, Babiano y Luengo. En mi pueblo natal hay más de cien personas con estos apellidos hoy día.

Los caminantes pues llegaron al Bierzo en estas épocas y por estas cosas, y los bercianos, por mimetismo quizá, comenzaron a ser viajeros y caminantes también cuando por la Vía de la Plata bajaron a Extremadura de mano del rey leonés. Pero aún era poco lo dicho y hubo de nacer el Camino de Santiago para acreditar al Bierzo

como Camino y Posada de peregrinos. Hubo hospitales famosos de peregrinos y romeros en Órbigo, en Astorga, en León y en Valdeviejas, y socorro y amparo que los bercianos ofrecían a los que a sus tierras llegaban. Una carta datada en Medina del Campo en 21 de mayo de 1489, por los Reyes Católicos, eximía a los habitantes del pueblo de Acebo del servicio militar, de cargas y



gravámenes, contribuciones, etc., en base a que, a pesar de ser un pueblo pequeño y pobre, habían fundado una Hospedería de peregrinos, amén de clavar 800 palos en la nieve, entre Acebo y Foncebadón para que los peregrinos no perdieran el tino y pudieran arribar a Compostela sanos y salvos. Este privilegio dado al pueblo de Acebo fue recurrido y los vecinos hubieron de pleitear en 1727 para que les fueran reconocidos nuevamente los antiguos privilegios, que durante algún tiempo estuvieron en suspenso. Pero todo esto es Historia ya... y lo que nos proponemos es escribir de "Tres caminantes de Villafranca del Bierzo", allí nacidos, vivos dos y muerto uno, que siguieron muchos siglos después de lo antedicho, abriendo caminos desde El Bierzo, sintiéndose muy caminantes, tanto, que a su obra nos remitimos para enjuiciar ese su afán de ir y venir por el ancho mundo, que es tanto como ver y conocer, amar y sentir, otear y contar. Son estos tres escritores de fina pluma cuyos libros debieran estar en todas las estanterías: Enrique Gil y Carrasco, Ramón Carnicer y Antonio Pereira. Veamos, espigando entre su prosa y sus versos, lo que nos dicen.

Gil Y Carrasco, que ya empezó siendo viajero desde niño, naciendo en Villafranca, estudiando latín en Ponferrada, Filosofía en Espinareda y después de pasar por el Seminario de Astorga hizo Leyes en Valladolid y Madrid, para morir en Centroeuropa, nos cuenta de un viaje a Maragatería, esto: "Problema difícil en verdad de resolver es el de un pueblo que situado en los últimos llanos de Castilla, a la margen de dos caminos, real el uno y bastante frecuentado el otro, y manteniendo animado y constante tráfico con diversas provincias ha podido sustraerse absolutamente al movimiento de la civilización y conservar íntegro el legado de los hábitos, creencias y organización social de sus abuelos".

De los montañeses de León, en trabajo fechado en Palacios del Sil, se dice: "Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas (las montañas), cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para La Coruña y visitar el litoral de Galicia"...

Era Gil y Carrasco un ambicioso caminante, y un fino observador no sólo del paisaje, sino también de las modas y los modos ambientales de cada lugar que visitaba.

Desde Cangas de Onís, acreditando una vez más su afán viajero, escribe: "Conforme al plan de viajes que me había propuesto, he recorrido todo este país y si contento estuve en las montañas de León, a fe de hombre de bien que no lo estoy menos de mi correría por esta antigua y nombrada tierra asturiana".

Que era un observador fino, lo acredita con estas palabras: "Cuanto tiene de vestido y frondoso el paisaje hasta llegar al convento, otro tanto tiene de desnudo y estéril hasta el pico de la Aguiana. Las plantas más crecidas que se encuentran son brezos y una especie de retamas espinosas, pero, en cambio, las laderas son ricas y abundantísimas en hierbas medicinales". Y en otro viaje por León, vía Castilla, se expresa así: "La villa y monasterio de Sahagún están ocultos a la falda de las montañas de Cervera, en la orilla izquierda del Cea, en un sitio muy' ameno, que contrasta agradablemente con las desnudas llanuras que tiene a su frente pasadas las tierras y dehesas de Maudes, que componían el priorato de Valdelaguna".

Como apreciará el lector, los ojos viajeros de Gil y Carrasco, estaban muy abiertos a la geografía, a la naturaleza, al paisaje en general, a la vegetación. No había entonces problemas de profundidades psicológicas como hoy día, para estudiarlas. Cosa que hace, acorde con los tiempos, Antonio Pereira, caminante también villafranquino, trillador de caminos españoles, europeos y americanos. De su libro de Poemas "Cancionero de Sagres", tomamos para el lector dos muestras expresivas: "Canción en la Raya" es una, y "El Mixto", la otra. En la primera, acredita un caminar luengo:

"¡Qué bien huele Portugal!

El aire de sus pinares

llega hasta Ciudad Rodrigo.

Vienen a aromar en mí,

si desde Ayamonte miro,

briznas de algarves maduros

y limones extendidos.

Si desde Aracena, pan.  
Si desde Zamora, vino  
dorado al lado del Duero.  
¡Pájaros, si desde Miño!  
Toda la raya rayana  
me huele a amores antiguos  
Para pasar la frontera  
por el aroma me guío.  
Y nadie podrá decirme,  
nadie,  
que voy perdido."

El tren es un símbolo para Pereira penitente, y por ello le hace un cántico bello, acariciante, doloroso y paciente. Helo aquí:

"De pronto, el tren,  
más cerca,  
paralelo.  
Yo por la carretera con mi mundo.  
El tren rodando su refrán de hierro.  
Ahora compartiremos el paisaje.  
Cedo la prisa,  
me desacelero.  
Nos repartimos el favor del aire  
y nos miramos compañeros.

El va sobrecargado de alegría.

Yo me remuerdo de marchar ligero.

En la boca del túnel se me pierde.

Queda el humo detrás como un pañuelo."

En su último libro, "El ingeniero Balboa y otras historias civiles", Pereira está retratado junto al coche de línea de su pueblo natal, recostado sobre la carrocería, soñador de viajes. El mismo nos lo dice en la página 16: "Con esto (el libro), al editor le entrego una fotografía. Donde se revela mi vocación (frustrada), de conductor del coche de línea de mi pueblo. Un transporte humilde. Absolutamente civil".



Y en la página 71 del mismo libro, que acabo de leer, se muestra Pereira como un gran caminante, cosmopolita de ciudades, de lenguas, de observaciones. No se puede evadir de reseñar esta constante temática: "O Faro etiquetaba envíos para lugares muy diversos. Viseu a un paso, Coimbra, Oporto, pero había otros que a mí me exaltaban principalmente. Yo husmeaba como un atlas viviente, como leer una novela cosmopolita y exótica. A un fraile en un convento de Pernambuco del Brasil. A alguien en Ostende. Y sobre todo unas señas que me inquietaron más que cualquier lejanía, esto lo afirmo computando mi vida entera: Excmo. Sr. Dositeo Gomes Carneiro. Pupilo na Prisão do Estado. Villanueva de la Serena. Badajoz. España".

En otra de sus obras, "Un sitio para Soledad", la impronta viajera y caminante no amengua en Pereira, a pesar de ser una novela, y no un libro de viajes. Casi en los inicios, primera página, escribe: "El conductor era un hombre joven y no traía compañía. Bajó de la cabina por un lateral del todo abierto, sin portezuela. Hacía chocante la camisa tan blanca y limpia junto a la pana maltratada de la chaqueta".

Ahora importa más el hombre, en tiempos de Pereira, que el paisaje cuando caminaba Gil y Carrasco.

En la página 44, vuelve Pereira a sus caminos: "Aquella vez, tres horas y siete minutos desde el puente romano de Torrecastán a la capital, junto a la casilla de los consumos. Leoncio se había encargado de cronometrar".

Desde la tierra nativa Pereira se va con sus personajes a la dulce Francia y nos cuenta: "El-puen-te-in-ter-na-cio-nal. Hablaban las ruedas de hierro. El puen-te-in-ter-na-cio-nal". Y el puente internacional era para la chica de la Venta un aire de banderas, cambiar la propia vida en moneda extraña, andar como en una película con un tema musical al fondo".

Y después de haber llevado al lector a Toulouse, a Carcassonne, a Barcelona y etcéteras, Pereira, Antonio Pereira, se despide así en su libro, en la penúltima página del mismo, pegado a su afán caminante de rutas múltiples: "La ayudaron como aquel día de vuelta de Torrecastán, cuando se había subido al camión. "Hacerle un sitio a Soledad". Un sitio en aquel vagón lujoso y fascinante que ya arrancaba, que ya estaba empezando a marchar hacia un extraño destino".

Y un poco más abajo, en la misma página, vuelve Pereira a las andadas: "Por delante de sus ojos veía pasar letras gastadas, rótulos hechos de carbonilla y sueño: Vías y Obras, Gran Velocidad, Cantina, Retretes, Venta de Baños... Después, paralelos "las líneas paralelas no se encuentran jamás"- vagones de tercera largos, largos, y en la luz amarilla mujeres como su madre, guardapolvos como su padre...



Luego la boca inmensa de la noche."

Y en las cuatro últimas líneas de la novela, esto: "-Un departamento doble.-El empleado miró los billetes.-Números 5 y 6. Por aquí, señora.

Soledad se dejó llevar."

El tercer caminante villafranquino es Ramón Carnicer, Profesor de Universidad y con un gran número de libros en su haber. Se da la circunstancia curiosa que tanto él como Antonio Pereira, son Premio "Leopoldo Alas", por sus obras "Cuentos de ayer y de hoy" y "Una ventana a la carretera", respectivamente. Si ya es un mérito que Villafranca del Bierzo sea cuna de tres magníficos escritores, no lo es menos que en dos de ellos haya recaído el Premio "Alas", palabra que encaja perfectamente con ese "volar" o caminar continuo a que están sometidos por propio convencimiento.

Estoy leyendo ahora mismo el libro de Carnicer titulado "Donde las Hurdes se llaman Cabrera", título muy de acuerdo con aquel antiguo viajar de los bercianos y cabreireses hacia Cáceres y Badajoz a que anteriormente aludí, en tiempo de Alfonso IX de León. El libro de Carnicer tiene 193 páginas y yo ando en mi lectura por la 190. Lo estoy casi finiquitando, sin una pausa, sin una espera, porque el libro lo merece. Después de haber leído "Notas de andar y ver", de Ortega; "Viaje a España y

Portugal", de Unamuno; y los libros de viajes de Camilo José Cela, desde el "Viaje a la Alcarria" hasta "Desde el Miño al Bidasoa", y de haber escrito uno nosotros mismos titulado "Viajes a las tierras del Zújar y el Guadiana", podemos asegurar que este de Ramón Carnicer no desmerece en nada, en nada he dicho, de los citados. Es un libro ameno, sincero, sin fárrago, muy en su punto viajero, que no se suelta hasta la última página y aún sabe a poco. Casi al comienzo, Carnicer escribe: "En el siglo pasado, y en el ardor ferroviario que hacia su mitad agitó a nuestros antepasados, se concedió la construcción de la línea que uniría la meseta castellana con Galicia. No tardó en llevarse a cabo, a pesar de las dificultades orográficas. Mirando desde el Puente de Domingo Flórez, se la ve discurrir entre túneles y peñascales al otro lado del Sil".

Y más adelante, nos va contando, haciéndonos penetrar en tierras de la Cabrera y El Bierzo: "A los diez minutos de atravesar el puente colgante de Ramiro, llegué al Puente de Domingo Flórez. El pueblo, a la vista del Sil, constituye para la Cabrera Baja algo así como su puerta al mundo. Lo cruza la carretera de Ponferrada a Orense, y su caserío se encarama por las vertientes montañosas que dan ensanche a la desembocadura del Cabrera". Es Carnicer metódico caminante de macuto al hombro y andada a golpe de pie. Lo demuestra en el siguiente párrafo de la página 37:

"El camino se hunde entonces para salvar el arroyo de Valdecorrales, que nace en la Aguiana. A continuación se alzan unas cuestas terribles hasta Llamas, a casi novecientos metros. No hay más remedio que tomar alientos para la subida. Me lavo los pies en el arroyo y saco mi cantimplora, pero resulta imposible tragar el agua deliciosa que le eché en Santalavilla. La cantimplora es de plástico y le ha dado un gusto repugnante".

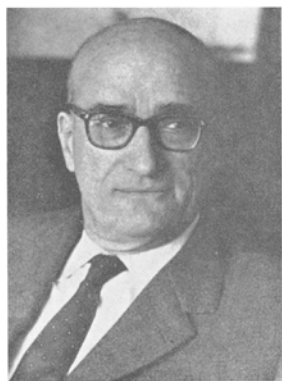
No podía faltar un cura en estos viajes por la Cabrera: "Don Manuel me dice ahora apuntando de nuevo con el bastón: -Aquella peña alta que se ve al otro lado del río es la Villosa. Dicen que en tiempos de los moros había allí un castillo. Está a más de mil trescientos metros de altura.

A través de las Puertas nos aproximamos a Odollo. El camino se aleja culebreando para ganar la altura de la Folguera... Don Manuel hace alto y repitiendo una vez más su actitud de hincar en el suelo la contera de la cachava -anuncio infalible de algo importante o nuevo-, me mira con cara de burla y propone:

-¿Qué le parece si atajáramos derecho por este monte?"

Carnicer penetra en la mentalidad de las gentes de los pueblos que recorre, y así nos lo muestra en este párrafo de su libro, en la página 120:

"La fuente del pueblo está oculta en uno de los repliegues de la Fraga, y antes de que un rapaz llegue con el barril, se acaba la conversación de la colcha. Pera no enfriar la cosa y en vista de que la vieja no ha dicho ni una palabra y sigue mirándome, le pregunto varias veces, porque está sorda como una tapia, si sabe algo de los romanos.



¡Ya lo creo que sabe! Habla de ellos con enojo, y se declara contenta de no verlos por la Cabrera".

Carnicer, ya casi al límite de su libro (página 190), nos da pelos y señales de su gran andadura, escribiendo: "El médico me invita a cenar, pero aunque al salir de la Braña mi propósito era dormir en Benuza, la brisa del atardecer me animó a concluir el viaje y llegar de noche al Puente. Esto suponía una caminata más que regular, puesto que de la Baña a Benuza debe haber, con sus curvas, subidas y bajadas, unos treinta kilómetros".

Tampoco deja de reseñar Carnicer la proverbial hospitalidad leonesa al referirse a Servando, el conductor de la camioneta de gaseosas (también Pereira escribió sobre una camioneta de gaseosas, ¡qué casualidad!): "-Cuánto le debo, Servando"

Como respuesta, Servando cerró la desajustada portezuela, alzó la mano en ademán de saludo, y sin darme tiempo a insistir manipuló los pedales y palancas del vehículo y lo puso en movimiento. Mientras se alejaba con el entrechocar de todas sus botellas, pude leer entre humo y polvo el número de su matrícula: el seiscientos no sé cuántos de Soria"...

\* \* \*

El lector se preguntará por qué hemos elegido el tema de los viajes mundo adelante para enjuiciar a estos tres escritores de Villafranca. Porque el hombre es caminante por naturaleza, en su ambición de conocer, y porque Gil y Carrasco, Carnicer y Pereira, yendo y viniendo, conocieron mundo y dieron a conocer al mundo su tierra nativa. Va, que me siento asimismo andariego de rutas pluma en mano, no he podido sustraerme a decir al lector dónde puede hallar un encanto sutil, áspero a veces, cordial otras, refinado en ocasiones, cosmopolita siempre: en los libros todos de estos escritores villafranquinos. Ahí queda mi empeño, por si sirve de algo. ¡Amén!

**Juan-Pedro Vera Camacho**